

De la desafiliación a la reafiliación. Aportes de la antropología social para una mejor comprensión del sinhogarismo y los procesos de exclusión social

(From desaffiliation to reaffiliation. Contributions of anthropology to a better understanding of homelessness and the processes of social exclusion)

Bachiller Porro de Somenzi, Santiago
Universidad Nacional de la Patagonia Austral.
Dpto. de Ciencias Sociales.
Acceso Norte Ruta Nacional nº 3, s/n. Caleta Oliva
C.P. 9011. Santa Cruz. Argentina

BIBLID [1137-439X (2009), 32; 833-853]

Recep.: 20.11.2007

Acep.: 17.03.2009

Las teorías de la exclusión social se articulan sobre el supuesto de la desafiliación en tanto ruptura de los vínculos sociales y falta de un arraigo territorial. A partir de una etnografía con homeless, se cuestionan estas imágenes de aislamiento. Residiendo en un espacio de exclusión, las redes barriales facilitan su adaptación cotidiana, pero no permiten romper con el sinhogarismo.

Palabras Clave: Exclusión social. Personas sin hogar. Desafiliación. Redes Barriales. Reafiliación.

Gizarte-bazterketaren teoriak gizarte-lokarrien eta lurralde-sustrairik eza bezala afiliazio-gabetearen hipotesiaren gainean eratzen dira. Homelessez egindako etnografia batetik abiatuz isla-irudi horiek zalantzan jartzen dira. Bazterketa-esparru baten biziz, auzune-sareak eguneroko moldatzea erraztu egiten dute, baina etxe-gabetasuna etetea ez dute uzten.

Giltza-Hitzak: Gizarte-bazterketa. Etxerik gabeko pertsonak. Afiliazio-gabetea. Auzo-sareak. Berriz afiliatzea.

Les théories de l'exclusion sociale s'articulent sur l'hypothèse de la désaffiliation en tant que rupture des liens sociaux et l'absence d'un enracinement territorial. A partir d'une ethnographie avec homeless, ces images d'isolement sont mises en doute. Résidant dans un espace d'exclusion, les réseaux des quartiers facilitent leur adaptation quotidienne, mais ne permettent pas de rompre avec le phénomène des sans-abris.

Mots Clé : Exclusion sociale. Personnes sans-abris. Désaffiliation. Réseaux des quartiers. Réaffiliation.

Las teorías sobre la exclusión social surgen en Francia, remiten a una tradición republicana de pensamiento con una fuerte impronta de la escuela sociológica de Durkheim. Las imágenes que organizan estas perspectivas se centran en el quiebre de los vínculos sociales y el desmoronamiento de las subjetividades. La exclusión implica una preocupación que trasciende el plano material, refiere a un problema de anomia y solidaridad social (Boltanski y Chiapello, 2002; Abrahamson, 1997; etc.). A partir de Robert Castel (1997), dichas teorías quedaron indefectiblemente ligadas con la noción de “desafiliación”. Según este sociólogo, las formas actuales de exclusión se corresponden con un cambio de época: los paradigmas con los cuales funcionó el mundo del trabajo durante las últimas décadas se tornan añejos, y con ellos también caen las sociabilidades que caracterizaron a “la sociedad salarial”. Por consiguiente, la exclusión supone la articulación de dos ejes: el de la integración en el mundo laboral y el de la densidad de inscripción relacional en las redes familiares. En un contexto con altas tasas de desempleo, trabajos precarios y efímeros, “el excluido” es el sujeto “desafiliado”, aquel que no logra insertarse, aquel que se encuentra fuera de las estructuras portadoras de sentido (Autès, 2004).

Pese a seguir un modelo sociológico diferente al francés, la noción de desafiación también resultó clave en los estudios norteamericanos sobre las personas sin hogar (en adelante PSH). Bahr, Sternberg y Caplow, pioneros de tal perspectiva, han escrito en la Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales (1968) el apartado dedicado al *sinhogarismo*¹. Significativamente, en la versión en castellano el término fue traducido como “desarraigo” o “desafiliación”, y definido como

[...] una situación de desvinculación de la sociedad que se caracteriza por la inexistencia o la debilidad de aquellos lazos que ligan a las personas instaladas en un lugar a una red de estructuras sociales conectadas entre sí (Ibídem: 613).

El análisis de dicha Enciclopedia concluye señalando el caso más extremo y emblemático de desafiación contemporánea: el *Skid Row man*², antecedente directo de quienes hoy en día residen en la calle, seres supuestamente capaces de vivir “totalmente desligados de la sociedad” (Ibídem: 614). Por consiguiente, el *sinhogarismo* supondría una forma de desconexión social en la cual se destacan dos factores: la falta de relaciones sociales y el *desarraigo territorial* –combinando estos vectores, surgen los demás elementos omnipresentes en las investigaciones sobre el tema: el nomadismo, las psicopatologías, el estigma, etc.

1. “Sinhogarismo” supone una traducción literal del término “homelessness”, frecuentemente utilizado en el inglés. Considerando que la mayor producción académica sobre el tema se ha generado en Estados Unidos, los especialistas de la materia de habla castellana han incorporado dicho término como propio.

2. Los *Skid Rows* son los centros urbanos degradados de las grandes ciudades de Estados Unidos. En la Enciclopedia de las Ciencias Sociales se los describe como “enclaves habitados por hombres sin familia y sin hogar, que viven en dormitorios colectivos y pensiones, rodeados de los servicios adecuados a sus necesidades peculiares” (1968: 614).

En definitiva, los estudios sobre la exclusión social y del *sinhogarismo* coinciden en un punto: la ruptura de los lazos sociales primarios es el elemento que permite explicar los procesos de desventajas sociales. El propósito del artículo es el de analizar críticamente la noción de desafiliación a partir de un trabajo de campo realizado con PSH en Madrid³. A modo de hipótesis, se sostiene que los modelos teóricos de la desafiliación en buena medida son producto del tipo de metodologías adoptadas. En lo que a España respecta, los datos que disponemos han surgido única y exclusivamente a partir de encuestas o entrevistas estructuradas realizadas a los usuarios de los servicios sociales⁴. Por el contrario, desde la etnografía es posible refutar o cuando menos relativizar las imágenes que identifican a las PSH como seres aislados. El trabajo de campo antropológico lleva a afirmar que los *homeless* integran una serie de redes, y que de hecho son tales relaciones sociales las que les permiten satisfacer sus necesidades más básicas.

En primer lugar, la exclusión o el *sinhogarismo* no siempre es equivalente al quiebre radical de los lazos sociales. El tema excede el propósito de esta ponencia, sin embargo es importante remarcar que si bien la situación de calle supone la fractura de muchos vínculos, no todos los *homeless* han perdido el contacto con todos sus parientes. Algunas personas continúan relacionándose con más de un familiar, e incluso es común que muchos lazos se recompongan en las ocasiones que el sujeto logra escapar del proceso de *sinhogarismo* –la situación de calle, y el consiguiente estigma, es el elemento que mayor distancia genera con las familias (Rosenthal, 1994). Es posible afirmar algo similar respecto del trabajo, pues más de un individuo duerme en la calle pese a tener un empleo. Además, si ampliamos las definiciones de trabajo y consideramos la

3. El presente trabajo forma parte de la tesis doctoral que realicé sobre PSH en la Universidad Autónoma de Madrid. Si bien la etnografía ha sido desarrollada en diversas zonas de Madrid, en diferentes servicios sociales destinados a estas poblaciones y con distintos grupos de PSH, en la misma se ha privilegiado un espacio y grupo concreto: la Plaza Isabel II de Madrid –también conocida como Plaza Ópera– y sus alrededores. El trabajo de campo se extendió entre los meses de abril de 2004 y agosto de 2007.

4. En España, ningún estudio sobre el *sinhogarismo* ha tomado a la vía pública como eje de análisis. ¿Cómo analizar este fenómeno social sin indagar qué ocurre en el espacio donde las PSH pasan la mayor parte de sus vidas? En primer lugar, al no poseer un contexto como información de trasfondo, las encuestas no siempre distinguen entre las narrativas como información –los datos sobre los fenómenos– y como perspectiva –la opinión del sujeto, cómo pretende posicionarse con su discurso (Hammersley y Atkinson, 1994). Por otra parte, las formas en que los individuos se relacionan entre sí, los códigos de calle y las particularidades que nos permiten hablar de forma genérica de “las PSH”, no pueden ser recreadas con toda su complejidad mediante una entrevista. La subjetividad y sociabilidad de la PSH se conforma a partir de la experiencia y la interacción diaria en el entorno de calle. ¿Cómo analizar dichos procesos limitándonos a una encuesta? Más aún: debido a que la mayoría de los Centros de Acogida sólo abren sus puertas durante la noche, las PSH que allí se albergan se ven obligadas a deambular por las calles madrileñas durante el día. Así, al adoptar una metodología centrada en las encuestas a los usuarios de los servicios, la mayoría de los estudios no han tenido suficientemente en cuenta los escenarios en los cuales tiene lugar el comportamiento de las PSH, o han observado a dicho comportamiento en una gama muy reducida de contextos (Koegel, 1998). Por último, estas encuestas poseen otro límite: ciertos grupos de PSH evitan los servicios sociales por lo cual, si no son contactados en la calle, no serán tenidos en cuenta.

economía informal, constatamos que la mayoría de las PSH continúan relacionadas con la esfera laboral a partir de una innumerable cantidad de “chapuzas” y actividades con las que logran la subsistencia diaria, no así acabar con el sinhogarismo⁵.

Pero este artículo privilegia otro tipo de espacios y lazos sociales: aquellos asociados con el entorno de exclusión, con el territorio donde la PSH reside diariamente. Es decir, la intención es la de estudiar los procesos de reafiliación que surgen en el contexto de calle. Contrariamente a lo que afirman los supuestos sobre los cuales se organiza el concepto de desafiliación, las PSH poseen redes sociales así como un cierto arraigo territorial. Una aclaración: el texto se centra en las redes barriales que los *homeless* han tejido con determinados vecinos, empleados y comerciantes de la zona. Por motivos de espacio, no se tendrán en cuenta otros agentes claves en sus sociabilidades –como por ejemplo los empleados de los servicios sociales destinados al colectivo o los vínculos con otras PSH.

En definitiva, los vínculos sociales no desaparecen sino que se reconfiguran en un contexto marcado por la exclusión. Sin embargo, confirmar la existencia de estas redes no implica elogiar a las mismas. Los lazos barriales suelen ser terriblemente jerárquicos, paternalistas, asistencialistas y estigmatizantes, facilitan la subsistencia y adaptación cotidiana, pero poco aportan en cuanto a las posibilidades de romper con el círculo que los encierra en la situación de calle.

1. EL ARRAIGO TERRITORIAL: LAS RELACIONES CON LOS VECINOS DEL BARRIO

El trabajo de campo etnográfico con PSH lleva a cuestionar los supuestos que explican a la exclusión como una forma de absoluta desconexión social. Las perspectivas clásicas sobre la desafiliación poseen un límite intrínseco: parten de una visión institucional de las relaciones comunitarias, centran su atención en las organizaciones sociales más clásicas. En distintos artículos, Bahr (1967; 1968b) se preocupa por medir el grado de afiliación de los habitantes de los *Skid Rows* para luego compararlos con otros grupos poblacionales. Los parámetros que le permiten realizar tales mediciones consisten en el nivel de contacto que el sujeto tiene en un período de tiempo con: a) la familia; b) el mercado de trabajo; c) las iglesias; d) las asociaciones recreativas; e) los sindicatos. Preocupados por la conexión que las PSH sostienen con las instituciones tradi-

5. Las estadísticas que comparan la frecuencia de contactos con los familiares entre la población española en general y los sin hogar, demuestran que la desafiliación de las *homeless* es relativa. El 3% de la población española afirma no ver nunca a sus familiares, mientras la cifra se amplía al 19% en el caso de los sin hogar. Si el 14% del primer grupo ve menos de una vez al mes a sus parientes, en la gente que vive en la calle la cifra se dispara al 29%. El 83% de la población ve más de una vez al mes a su grupo familiar, mientras que dicha frecuencia pasa a ser de un 52% entre las PSH. De tal manera, sólo un 19% de los *homeless* asegura no mantener ningún tipo de relación familiar (Cabrera, 1998). En cuanto al empleo, según cifras oficiales el 11,8% de las PSH tiene trabajo (INE, 2005). A su vez, con un 19%, el trabajo es la segunda fuente de ingresos de las PSH (Foro Técnico de PSH, 2006).

cionales, los enfoques de la desafiliación olvidaron las potenciales alternativas de reafiliación que se generan en el contexto de calle. Preguntándose por la desconexión, se silenciaron las formas en que las PSH reconstituyen sus lazos sociales, así como las dimensiones geográficas en que se desarrollan tales vínculos (Rowe y Wolch, 1990).

Por un lado, es en las calles donde se refuerzan los estigmas que generan una sensación de distancia social en las PSH. Los comportamientos hostiles de los transeúntes y vecinos de la zona hacia quienes residen en la vía pública pueden expresarse de diversos modos y con distintos grados de agresividad o indiferencia. La violencia explícita, por lo general nocturna, contra quien se encuentra durmiendo en la vía pública es la modalidad más radical de desprecio⁶. No obstante, son más corrientes formas más sutiles de rechazo hacia las PSH. Hay miradas, palabras o gestos, que pueden ser aún más dolorosas que una paliza. En determinadas ocasiones, cuando las PSH adoptan pautas sedentarias en el barrio y pasan a ser visibles, los residentes domiciliados organizan su hostilidad en forma de movimiento vecinal⁷. La supuesta “peligrosidad social” junto con la “degradación de la zona” son los principales elementos que aglutinan a estos vecinos. La presencia de los grupos estigmatizados es vista como una intrusión⁸, es interpretada como una violación de dichas áreas, y es por ello que los vecinos se movilizan buscando erradicar de “sus sitios” a los “indeseables”. Además, es preciso recordar que la Plaza Isabel II se ubica en el centro de Madrid, en un espacio que supone una mayor distancia y un trato menos personal con los vecinos respecto de las dinámicas que se generan en otros barrios de la ciudad. De hecho, la mayor parte de la gente que se mueve por la zona no reside en el centro. Al dedicar un análisis sobre las relaciones que se establecen con los vecinos del barrio, es necesario aclarar que la situación más corriente es el desconocimiento mutuo, que no exista trato alguno.

No obstante, en tanto espacio público, la calle supone la posibilidad de comunicarse, un sitio de encuentro. En tal sentido, “la cercanía física es de una

6. El 57% de las PSH que habitan en Madrid declara haber sido víctima de algún tipo de delito. Entre los hechos que denuncian, en primer lugar y con un 67%, figuran los robos. A continuación señalan las agresiones físicas –44%–, y las violaciones –3% (Foro Técnico de PSH, 2006). No todas las PSH reconocen situaciones como una violación, ni tienen la costumbre de denunciar en las comisarías los hechos de violencia, lo que nos lleva a imaginar que estas cifras son aún mayores. Por otra parte, en una serie de encuestas realizadas en Nueva York, se ha determinado que las PSH sufren una tasa de violencia de un 59%, frente al 4% que padece el resto de los ciudadanos (Cohen *et al.*, 1988).

7. En Estados Unidos se denomina a estos movimientos con la sigla NIMBY –“not in my backyard” o “no en mi barrio”–, y es bastante lo que se ha investigado al respecto (ver Farrell, 2005). Se trata de un tema que merece especial atención, pues estos movimientos se constituyen como uno de los actores centrales en su capacidad por generar una imagen estereotipada de los *homeless* e influir en la opinión pública –logran repercusión mediática e inciden sobre los partidos políticos al suponer un caudal electoral. Lamentablemente, en España carecemos de información sobre el tema.

8. La negativa a compartir un mismo espacio ejemplifica el concepto de estigma de Goffman (2001) o de contaminación de Douglas (1977). El contacto estrecho con quienes son considerados como seres marginales “encierra el peligro de la infección anómica: él o ella pueden resultar sospechosos de infringir aquellas normas simplemente por tener alguna relación con los miembros del grupo marginado. En consecuencia, un insider que tiene trato con unos marginados corre el peligro de perder estatus en su propio grupo establecido” (Elias, 1998: 95).

importancia evidente: a mayor vecindad, mayor interacción social y mayores oportunidades de intercambio” (Lomnitz, 1975: 28). Para quienes han decidido instalarse en un barrio, ser visible es especialmente importante pues “la presencia constante en un terreno genera lazos regulares que a su vez implican recursos materiales y morales” (Quaglia, 2005: 123). Así lo refleja el siguiente cuaderno de campo, donde acompañé a una trabajadora social en sus recorridos por Madrid.

Nos acercamos a Rubén. La trabajadora social me comenta que este hombre tiene graves problemas de salud mental. Me llama la atención el espacio que ocupa de la vía pública: unos cinco metros de vereda. A la cama con sus respectivas mantas se agregan numerosas bolsas, diversas cajas de cartón, libros, periódicos y demás objetos. Me impresiona enterarme de que este hombre duerme allí también en invierno, pese al frío. Parece ser que los vecinos lo ayudan constantemente. La trabajadora social me cuenta que en más de una ocasión llegó y encontró al hombre comiendo un plato de comida caliente que le había bajado algún vecino (17 de Septiembre de 2004)⁹.

Son numerosos los ejemplos que demuestran como la gente de Ópera ha conformado una serie de redes enraizadas en el territorio. Tal es así que, con el paso del tiempo, comencé a ligar los rostros de varios vecinos con una identidad e historia de vida: Andrés vive en un edificio de la calle Arenal que da a la plaza, Juanjo es quien suele llegar por las noches con ropa, el dueño del bar “El Trébol” es Antonio, las mujeres que sacan a pasear a sus perritos a la plaza se llaman Gloria y Matilde, etc. En consecuencia, estaríamos faltando a la verdad si considerásemos a estos *homeless* como personas atomizadas. Muchas PSH están

[...] conectadas de modo activo con redes, más allá de que tales redes posean una estructura diferente a las que se afilian los individuos domiciliados (Snow y Anderson 1993: 318)¹⁰.

El nivel de éxito con el que estos hombres han generado dichas redes barriales varía de acuerdo a factores como el tiempo de calle –cuanto más larga es la estadía hay mayores posibilidades de establecer tal tipo de redes–, el grado de movilidad de la persona –los *homeless* que adoptan patrones sedentarios dependen más de las relaciones barriales que el resto de sus compañeros–, el tipo de ayudas familiares o de amistades de las que disponen –cuando se cuenta con un apoyo familiar sólido no se torna tan imprescindible generar lazos barriales–, etc.

Una aclaración antes de comenzar a indagar en sus relaciones barriales: sus redes no están construidas al azar, sino dentro de un contexto social específico como es la calle. Por consiguiente, sus afiliaciones son frágiles, se ven obstacu-

9. Con el objetivo de preservar la identidad de los informantes, los nombres y apodos originales han sido sustituidos por otros imaginarios.

10. Un dato sobre la conformación de redes barriales: en la investigación realizada por Muñoz et. al., 2003, al preguntar a quién recurriría en caso de enfermedad los vecinos ocuparon el segundo puesto.

lizadas por diferentes necesidades, como la competición de recursos, el atractivo del escape individual, el proceso de etiquetación, los límites espaciales, etc. (Snow y Anderson, 1993).

Así, frecuentemente sus redes se ven empobrecidas, tanto en términos de recursos materiales como de número de gente dispuesta a compartir los mismos con ellos. Pero “mientras el contexto estructural de sus vidas hace difícil sostener las afiliaciones, el deseo de mantener o crear afiliaciones no se ha extinguido como suele sugerirse (Rosenthal, 1994: 93).

La tensión latente entre los deseos de establecer vínculos y los límites intrínsecos asociados con la vida en la calle conllevan a que las redes de las PSH varíen enormemente en cuanto a calidad –en función de proveer ayuda emocional–, cantidad –¿cuánto apoyo emocional recibe? ¿Con qué frecuencia ve a sus amigos o familiares?–, multiplicidad –¿el apoyo se limita a lo material o supone también compañía?–, y simetría –¿ambas partes intercambian un valor equivalente de ayuda? (Íbidem).

Entre las PSH que residen en Ópera, Fernando es con toda seguridad quien posee mayores ayudas en la plaza. Esta situación se explica, en primer lugar, por ser una de las personas con más antigüedad en la zona –lleva 16 años en Ópera–; en segundo lugar, una discapacidad física le impide moverse por la ciudad y lo ha forzado a entablar contactos en el barrio, así como probablemente haya generado una mayor compasión entre los vecinos.

Veo llegar Andrés, el vecino de enfrente de la plaza. Aprovecho para preguntarle por Fernando. Me cuenta que estuvo durmiendo en la plaza esta semana, pero que se marchó a Guadalajara a pasar unos días en la casa de un familiar. Cuando le insinúo que son muy amigos, Andrés me responde que no es así, pero que tienen una buena relación. Me explica que le da pena por su pierna –sufrió un ataque de poliomielitis siendo niño– y entonces le permite bañarse y lavar la ropa en su casa (21 de Abril de 2005).

Aproximadamente una noche por semana llega Juanjo con su automóvil cargado de indumentaria y comida. Pero los favores de este antiguo vecino del barrio no se limitan al plano material, pues Juanjo fue una figura importante a la hora de proporcionar un funeral digno a uno de los integrantes de la plaza.

Al día siguiente, o sea por la noche vino mi amiguete, no se si lo conocerás, un tal Juanjo que viene con el coche que nos trae... no es Solidario pero como si lo fuera¹¹, nos trae ropa, nos trae bollos, a mí me trae muchos juguetes para mis nietos, y tenía

11. La expresión “no es Solidario pero como si lo fuera” refiere a un tema que debe ser aclarado. Buscando aproximarme a diversos grupos de *homeless*, colaboré como voluntario en la ONG “Solidarios para el Desarrollo”. El objetivo principal de la ONG consiste en establecer un puente, primero como forma de quebrar el supuesto aislamiento de las PSH, luego como forma de conectar a las PSH con los recursos sociales. Las rutas se realizan con termos de café y bizcochos por lo cual, si bien no es su propósito, en cierta medida “Solidarios” también cumple la función de alimentación. En este artículo, algún que otro fragmento de campo está escrito en plural, ello refleja que en tales ocasiones me aproximé al grupo de *homeless* acompañado por algún voluntario.

mucha amistad con él. Y me dice: “Nicolás, ¡que me han dicho que Antonio ha muerto!”. Le digo, si (...) empezó a llorar porque le quería mucho. Dice “¿me quieres hacer un favor?”. Me dice: “mira te doy 20 euros y le compras claveles blancos”. Le digo “ya está hecho Juanjo. Tú no te preocupes”. Me fui a la floristería que hay un poquito más para arriba, le compré los claveles blancos y seis rosas más, que le regalé yo (Entrevista al Duque, 18 de Noviembre de 2004).

Carlos se gana la vida tocando la guitarra en la vía pública. En determinadas épocas del año se ubica justo frente al portal donde duermen el Duque y sus circunstanciales compañeros. Así, entre tales hombres se ha conformado un vínculo que, si bien sería exagerado calificar como amistad, seguramente podría ser descrito como de simpatía mutua. Por otra parte, también puede ocurrir que sea algún vecino quien cuide de una PSH enferma.

Justo antes de marcharnos hacia los Jardines de Oriente, Lionel nos dice que se siente muy mal, no sólo le duelen los brazos, sino que tiene unos retortijones estomacales tremendos, por lo cual apenas puede ponerse en pie. Agrega que lleva prácticamente quince días sin comer, que todo lo que ingiere termina vomitándolo. Hoy solamente tomó un caldo que le trajo Gloria –la vecina que lleva a pasear a su perro por la plaza–, quien todos los días de la última semana le estuvo cocinando una sopa o cosas livianas (4 de Julio de 2005).

A veces, los vecinos implican otro tipo de beneficios. Ricardo se codea con mucha gente de la zona, pues lleva más de una década en Ópera. Conversando con un vecino, logró conseguirle un trabajo como empleada doméstica a su actual pareja –una inmigrante de Bulgaria a quien conoció en los asientos de la plaza. Quienes pasean a sus mascotas por los alrededores representan uno de los grupos con mayores posibilidades de entablar una relación con las PSH. Pero tal vez la imagen más característica de las relaciones barriales consista en las conversaciones que las PSH tienen con los jubilados que, como ellos mismos, pasan horas en los bancos de la plaza. Estos ancianos disponen de mucho tiempo, y es frecuente que se sientan aburridos y solos.

Mariano saluda efusivamente a un vecino de la zona diciéndole “¡que hay abuelo!”. Se trata de un hombre muy anciano, a quien Mariano parece conocer de hace tiempo. El viejo se sienta en el banco donde nos encontramos y le pide a Mariano un poco de tabaco, incluso solicita que le arme un cigarro pues él no sabe hacerlo. Mientras el sin techo cumple su tarea, el anciano le promete invitarlo a almorzar “un día de estos”. Es evidente que el viejo vino a la plaza a conversar un poco con algún conocido (23 de Marzo de 2007).

La situación de las personas que ejercen la mendicidad o venden los objetos que rescatan de la basura en puntos fijos de la ciudad, merece un análisis aparte. Tal como sostiene Martínez Pérez (1997), la literatura sobre redes ha pasado por alto un dato significativo: en el espacio público, la mayoría de las relaciones se basan en “conocerse de vista”. Y ello es así pues “el usuario del espacio urbano es casi siempre un transeúnte, alguien que no está allí sino de paso” (Delgado, 1999:35). Por consiguiente, si no somos capaces de capturar lo fugaz, las situaciones o relaciones de tránsito, nos perderemos buena parte de las interacciones diarias de las PSH.

Por otra parte, en ocasiones el vínculo trasciende la dimensión monetaria: ya sea porque la ayuda se traduce en otro tipo de recursos –me ha tocado constatar cómo el apoyo se materializa en la entrega de indumentaria, comida para el perro de la PSH, una revisión médica gratuita cuando el “benefactor” ejerce tal profesión, etc.–, o porque con el transcurrir temporal ambas personas profundizaron su relación. En tales casos, la PSH define su actividad en términos similares a los de un trabajo (Rowe y Wolch, 1990). Esto es así no sólo por el beneficio económico que obtiene, sino también por emular el tipo de relaciones sociales que se generan en dichos ámbitos. En tal sentido, Rowe y Wolch (Íbidem) sostienen que las actividades asociadas con un espacio fijo, como por ejemplo la mendicidad, reemplazan las redes que se conforman en los ámbitos laborales. A partir de entonces, muchos de los contactos cotidianos ocurren bajo tal contexto. La mayor parte de las tácticas que adoptan los *homeless* buscando ganarse la vida a través de la economía informal, son de cara al público. En consecuencia, para “lograr una clientela” deben ser visibles y fácilmente identificables como “pobres urbanos”; y para ello es preciso repetir una rutina (Muñoz et al., 2003). La importancia de la rutina reside en la percepción que genera en el sujeto la repetición de una continuidad espacio-temporal; al fijar las interacciones con la comunidad domiciliada en un tiempo y espacio concreto, la PSH experimenta cierta sensación de “normalidad. (Wolch et al., 1993). De tal manera, quienes ejercen la mendicidad explican que se sienten incómodos cuando no pueden acudir a los sitios donde realizan sus tareas, pues sus “clientes” pueden preocuparse ante su ausencia.

Solo voy los domingos, porque a la iglesia que yo voy... empecé a ir a principios de estar en la calle, hace años ya. Entonces, para ayudarme un poco más y porque la clientela, como yo digo, pues si no vas se preocupan. Porque ahora el compañero que estaba conmigo, creo que ha muerto, porque estaba muy mal y hace tiempo que no va. Entonces, cuando falta alguien se preocupan (Entrevista a Mariano, 18 de Junio de 2005).

Por otra parte, las relaciones barriales no se reducen a quienes residen en los edificios aledaños. Como sostiene Rosenthal:

[...] debido a que “la sociedad controla la mayoría de los recursos que las PSH necesitan para sobrevivir, muchos *homeless* sobrellevan su situación manteniendo las conexiones con empleadores, comerciantes, trabajadores sociales, etc. (...) las PSH se esfuerzan por preservar o crear redes de recursos emocionales tanto como de recursos materiales, las cuales suelen sobreponerse (1994:78).

Desde ya que mantener estas redes supone una cierta habilidad social. A su vez, diversos empleados del Ayuntamiento de Madrid ocupan un lugar importante en la cotidianidad de las PSH. La relación con los barrenderos y jardineros que trabajan en la zona es ambigua. Las PSH suelen protestar señalando que tales empleados municipales son los responsables de las pérdidas de sus pertenencias. Quienes residen en Ópera esconden sus bienes entre los arbustos de los Jardines Reales, dentro de las alcantarillas de la plaza, etc. Por consiguiente, para los *homeless* es fundamental establecer un vínculo sólido con dichos trabajadores. Los barrenderos con los que han logrado generar una relación estre-

cha desoyen las directivas de sus superiores, distinguen las pertenencias de las PSH –sin confundirlas con la basura–, y respetan los cartones, mantas y demás objetos que encuentran.

Otra es que llegues esta noche ahí al árbol y no tenga manta, no tenga nada, que los barrenderos te lo han sacado todo del árbol, eso me ha pasado muchas veces (...) ahora mismo tengo uno que es sudamericano, y tengo amistad con él. Ya llevo dos o tres meses que no me toca nada. Pero antes... cada dos por tres llegabas, y nada, ya no tengo nada, ni cartones, ni manta, ni saco, ni nada. Entonces un día llegue, tengo amistad con él, “¿chico qué haces?”. Dice “sacando esto”. “Que esto es mío”. Y desde entonces no me lo ha vuelto a tocar, o sea que... pero hay uno ahí, que es como el encargado. Es un enano, “el enano cabrón” que le llamamos, y ese es que pasa y dice “a limpiar”, y saca todo. Saca todos los días todo. Como le entre la vena... (Entrevista a Ricardo, 28 de Noviembre de 2005).

Casi todos los miembros del grupo duermen en los diversos soportales del Teatro Real cuya fachada mira hacia la plaza Isabel II. Las PSH han llegado a un pacto implícito con los empleados de seguridad: deben instalar sus cartones y recostarse cuando termina la función, así como despertarse relativamente temprano y despejar la zona de cartones y objetos personales. A cambio, los empleados de seguridad les permiten dormir en la fachada del Teatro. Pero, por sobre todas las cosas, la presencia de los vigilantes garantiza una cierta protección en caso de ataques nocturnos.

Es tarde y al llegar a la fachada del Teatro Real Arturo y Lionel, junto a una serie de bultos que no logro distinguir, ya están durmiendo. Me quedo conversando con Chema y alguna que otra persona que permanece despierta. Unos minutos después pasa un empleado de seguridad del Teatro, saluda por su nombre a quienes continúan desvelados, y luego sigue con su ronda. Entonces Chema realiza uno de sus comentarios característicos: “tiene que adaptarse a nosotros, como nosotros a ellos. No le queda otra, es que somos muchos. Si echa a unos vendrán otros. Nuestra fuerza es el número. Es la leche” (13 de Marzo de 2006).

Prácticamente todos afirman sin titubear que tienen una muy buena relación con la policía que patrulla los alrededores. Los integrantes de Ópera plantean con cierto orgullo que únicamente les piden documentos los policías nuevos en la zona, y que los veteranos entonces les explican a sus compañeros que quienes allí duermen son de fiar. La presencia policial proporciona una sensación de protección, algo fundamental para quien duerme en la vía pública –especialmente cuando, como ocurre con esta gente, se han pasado los 60 años y las fuerzas no son las mismas que las de un joven. Además, el discurso positivo que las PSH expresan respecto de las fuerzas del orden público es un ejemplo de cómo esta gente se esfuerza por preservar su propia dignidad. Es por ello que son recurrentes las frases del tipo “yo no tengo nada que temer, pues estoy limpio”.

P: ¿Con la policía tienen buena relación?

R: También, como ya nos conocen... a lo mejor pasan y ven uno raro y le piden el carné. El otro día concretamente vinieron un hombre y una mujer policía, y había dos moros ahí, y le pidieron el carné. Y ya vino ella hacia nosotros, era nueva: “vosotros, a

ver los carnés”. Dice “no, no, a estos déjalos. Estos son conocidos”. Entonces a nosotros ya ni nos lo piden, si ven a alguno que no... pero con nosotros pasan sin problemas (...) además yo no tengo nada contra la ley, no tengo nada que esconder, por lo tanto no tengo ningún riesgo ni nada. Pero a nosotros ya nos conocía la policía, porque parábamos todo el tiempo ahí. Y hasta “buenos días”, y saludarnos mutuamente, porque sabían que nosotros no éramos ningunos delincuentes de ninguna clase. Éramos un poco borrachines, pero no delincuentes. Delincuentes es de hacer daño (Entrevista a Sebastián, 17 de Abril de 2006).

La Plaza Isabel II se encuentra conectada con el resto de la ciudad a través de una parada de metro y una serie de líneas de autobuses. Varias de estas líneas inician sus recorridos en Ópera, lo cual implica que antes de iniciar un viaje algunos conductores se toman un tiempo para conversar con quienes allí residen. En más de una ocasión presencié como determinado empleado llamaba a las PSH por sus apodos o preguntaba por algún tema puntual, demostrando tener un diálogo cotidiano con las PSH de la zona. Los empleados de estos medios de transporte se convierten en un apoyo importante en invierno, ofreciendo a los *homeless* dar vueltas de forma gratuita y guarecerse simultáneamente del clima. También es importante la posibilidad de distraerse y combatir el tedio habitual recorriendo la ciudad en autobús.

La ruta de la ONG comienza a las 21:45 en el banco este de la Plaza Isabel II. Allí encontramos a Pepe, a Juancho, y a un mecánico de una de las líneas de buses que inician su recorrido en la plaza. Este hombre me confirma lo que me contó Fernando: efectivamente los llevan a pasear en el bus sin cobrarles boleto, sobre todo los días de lluvia o mucho frío (21 de Noviembre de 2005).

En épocas puntuales del año, durante las pascuas o las fiestas de fin de año por ejemplo, en medio de la plaza se instala un mercado de artesanías. Entonces las relaciones se amplían, las posibilidades de conversar y conseguir beneficios materiales se multiplican. Pude verificar como Fernando obtenía dinero por parte de los diferentes empleados que atienden los puestos al finalizar la jornada.

Posteriormente me cuenta del “Indio”, el dueño de las tiendas que de vez en cuando se instalan en medio de la plaza formando un mercado. Fernando se enorgullece de su relación con este hombre, de cómo el Indio limita sólo en él sus ayudas. Me explica que daba vueltas por las tiendas, y que de los diferentes puestos se llevaba hasta 50 euros por día. Pero todo finalizó cuando el resto comenzó a imitarlo, algo que aún irrita a Fernando (6 de Junio de 2005).

Algunos porteros de los edificios que rodean la plaza pueden ser una fuente de ayuda, o por lo menos constituyen la posibilidad de entablar una conversación trivial pero que supone un sentimiento de inclusión en la dinámica barrial. Hasta hace poco, en la zona norte de la plaza se ubicaba un expendedor de gasolina. Sebastián organizaba su día buscando compañía y dialogar con el empleado que allí se desempeñaba. La dinámica de la plaza también se ha visto alterada en momentos puntuales, como cuando hace unos años se realizó una reforma que derivó en su diseño actual. Quienes vivieron tal época, recuerdan los beneficios que obtuvieron de los obreros y empleados a cargo de dichas reformas.

P: ¿Y en el momento que se hizo la construcción, vos estabas?

R: Dormías dentro... cuando estaban construyéndola había unas vallas. Lo que es la reja esta, la valla, ahí había unas vallas altas, y nosotros dormíamos dentro, ahí estábamos mas protegidos.

P: ¿Y los dejaban dormir?

R: Si, al contrario, les vigilábamos las herramientas y ahí no faltaba nunca nada. Y estábamos ahí. Nos invitaban luego con algo (Entrevista a Mariano, 18 de Junio de 2005).

Durante los meses de calor, en el extremo sureste de la plaza se instala un Kiosco que vende refrescos. Sus dueños llevan años en la zona, por lo cual han establecido una relación profunda con muchas PSH. Uno de los actuales empleados es Bernardo, un hombre que vivió muchos años en la plaza Isabel II y que conoció a sus jefes en tal contexto. Pero la ayuda a Bernardo no se limitó a proporcionarle un empleo. Sus jefes incluso le consiguieron el sitio donde hasta el día de hoy continúa viviendo. Por otra parte, es muy común ver a varias personas del grupo girar como satélites alrededor del kiosco. Dicha situación se explica por los lazos de amistad que los unen con los dueños y empleados del local, pero también por la serie de reciprocidades que entre ellos se generan.

Con Juancho, converso sobre el kiosco que da a la plaza. Es evidente que conoce muy bien sus movimientos: me informa que el 2 de noviembre cerrará, que lo desmontan y luego se lo llevan con una grúa. Dice que es un negocio que deja buen dinero, y llega a incluirse como integrante del mismo –lo cual denota hasta qué punto conoce y tiene confianza con los dueños–: “no sabes cómo hemos vendido en el verano, ¡hasta 37 cajas de agua en un día!”. Por lo que cuenta, parece ser que Juancho les dio una mano a los propietarios en tales días particularmente ajetreados. A cambio recibe una retribución en metálico, más la posibilidad de consumir alguno de los productos del kiosco (29 de Octubre de 2006).

Los miembros de la plaza Isabel II conocen todos los almacenes de la zona. Frecuentemente, los comerciantes desconfían de esta gente. Al respecto, Rosenthal (1994) opina que el principal obstáculo que limita las posibilidades de ingresos a tales negocios pasa por la incapacidad de consumir y reciprocitar. Las PSH son vistos por parte de la gente con hogar como gente que “posee poco de valor para intercambiar. El peligro percibido de un intercambio desigual es mayor cuando el lazo es formal o su naturaleza es de mercado” (Íbidem: 78). Además, la situación remite al estigma, a la condición de sin hogar como una etiqueta que el individuo lleva en su frente y que motiva la desconfianza. De tal manera, las interacciones entre las PSH y los comerciantes suelen estar “filtradas por las sospechas: van a robar en vez de comprar, gastarán poco respecto del problema que crean por ser asociados con su negocio” (Íbidem: 78). Pero cuando la PSH logra generar una cierta confianza con el empleado que atiende el local, entonces obtienen un elemento fundamental para su economía precaria: crédito, vivir de fiado.

Todos se preguntan qué habrá sucedido que el bar “El Trébol” no ha abierto sus puertas. Comentan que Arsenio, el propietario de la panadería que queda a pocos metros, todas las mañanas deja la bollería en la puerta del local. Lionel va a ver, y vuelve con la noticia de que efectivamente allí está el pan. Deducen que en cualquier momento “El Trébol” abrirá sus puertas. El problema es que nadie tiene dinero; todos esperan, pues es en tal sitio donde les fían. Sebastián menciona la posibilidad de llevarse la bollería, pero luego agrega que se trataba de una broma, que a Antonio “nunca le haría eso”. Pienso que perder la confianza de Antonio, el dueño del local que les fía, sería un grave problema para esta gente (17 de Abril de 2006).

No obstante, en varias ocasiones su economía precaria ha llevado a la imposibilidad de liquidar las antiguas deudas, a que en varios locales se haya acabado la posibilidad del fiado. De tal manera, las relaciones entre las PSH y los empleados de los comercios de la zona, al igual que muchos otros vínculos que tienen por protagonista a quienes residen en la calle, son bastante inestables. A pesar de ello, mientras duran constituyen rutinas y apoyos importantes para la subsistencia cotidiana (Íbidem).

Le pregunto si no le fían en el bar “El Barrilete”. Me responde que en tal bar, y en los negocios de la zona en general, “ya están cansados de nosotros”. Reconoce que todos ellos deben dinero a los distintos bares, que en más de una ocasión les fieron y no pagaron las deudas, por lo que ya no es posible consumir sin pagar. Añade que hace poco se acercó a la plaza “un tendadero de la zona, Esteban, el del almacén de aquí en la esquina” –señala en dirección a los Jardines Reales. El hombre fue a la plaza intentando cobrar una deuda, pero se marchó con las manos vacías. “Ya ni siquiera nos vende” (24 de Enero de 2006).

Según la opinión de quienes residen en la plaza, otro factor que repercute negativamente en la conformación de un lazo de confianza con los comerciantes de la zona es el mal comportamiento de determinados compañeros, situación que termina siendo perjudicial para el conjunto de los *homeless*. Cuando una PSH se ha comportado de forma indebida, el local queda “quemado” para el resto del grupo.

Pues le daban la comida gratuita. Iba todos los días a recogerla, y hasta eso se lo han quemado a él. Quemado significa que si yo te enseño una cosa, y así sobrevivo, y tú y aquel y el otro van, y resulta que lo queman. Pues eso le ha pasado. Iban de parte de él, que a él porque es un inválido, que le habían mandado a que le den la comida, y era mentira, nunca había mandado a nadie. Empezaron a quemárselo (Entrevista a Arturo, 23 de Febrero de 2006).

Algunas PSH han logrado profundizar sus relaciones con los empleados o propietarios de determinados locales de comida. Ciertas casas de comida rápida son un sitio donde obtener alimento gratis, donde aprovisionarse de las sobras, donde conseguir el periódico y asearse. Fernando almuerza todos los días lo que le preparan en un restaurante de categoría ubicado a metros de la plaza. Varias PSH consiguen chapuzas ocasionales en los negocios de la zona. Pedro, por poner un ejemplo, durante unos meses se dedicó a descargar mercadería y otras tareas en un bar ubicado en la calle Arenal.

Inclusive el restaurante este donde están las paellas, que descienden autocares que son todos chinos, japoneses. Pues le daban la comida gratuita. Ibas todos los días a recogerla (...) el tiene la puerta abierta para ir todos los días por una comida, y una comida digna, de restaurante de por lo menos cuatro tenedores. De lo que comen ellos. Inclusive le dan una botellita de vino, pero de vino selecto. Y todo caliente" (...) Al finalizar la entrevista, Sebastián me comentó que "Pedro se gana su dinerillo ayudando en este bar" –de hecho vi como la empleada le daba cinco euros. Es evidente que se trata de un sitio de referencia para buena parte de esta gente, sobre todo por la relación que tienen con los empleados. Incluso pude observar cómo Diego enchufaba en el local su móvil buscando recargarlo (Entrevista a Sebastián, 17 de Abril de 2006).

Tratándose de un grupo que se caracteriza por presentar altas tasas de ingesta de alcohol, los bares de la zona juegan un papel fundamental en su cotidianidad. Spradley (1970) o Bahr (1967) plantean algo similar: para las PSH que llevan que tienen problemas con la bebida, la vida social pasa en buena medida por las relaciones que entablan en los bares del barrio. Específicamente, dos bares ubicados en los alrededores de la plaza se constituyen como centros neurálgicos en sus vidas. En ambos casos el empleado o dueño del comercio se muestra condescendiente con las PSH, los conoce de hace años y acepta fiarles. Allí pueden mirar televisión, recuperar el calor en los meses de frío, dejar sus pertenencias durante unas horas, asearse, y por sobre todas las cosas, experimentar una sensación de normalidad al conversar con quien comparte la barra¹².

Es evidente que en el bar se sienten cómodos. Me refiero a la posibilidad que este espacio les brinda de relacionarse con otras personas diferentes a las de la plaza, de pasar desapercibidos. Tal vez sea por eso que no se sientan juntos, que no conversan entre ellos en tales momentos. De vez en cuando, una PSH comenta una noticia de la televisión con algún cliente; supongo que la lógica que prima es que para conversar de tales temas con sus compañeros de desventura tienen el resto del día (20 de Octubre de 2005).

El alcohol ocupa un lugar importante en las relaciones que se establecen entre las PSH de plaza Ópera, pero también entre esta gente y más de un vecino de la zona. No es casual que muchas de las veces que algún *homeless* ha logrado entablar un vínculo con un cierto nivel de profundidad, lo ha hecho con un vecino con el que comparte su afición por la bebida. Un ejemplo: Andrés es, sin duda alguna, el vecino con el que más contacto tienen los integrantes de Ópera. Este hombre admite ser un alcohólico, problema que lo ha llevado a recurrentes períodos de desempleo. Además, buena parte de las relaciones barriales que la gente de Ópera ha establecido han sido en los dos bares mencionados anteriormente, donde se han codeado con asiduos bebedores que, a diferencia de ellos,

12. En este punto, vale la pena recordar los escritos de Jack London: "aquellas tabernas que encontré en tantos y tantos caminos eran lugares donde se reunían los hombres pobres, y fueron los únicos a los que pude acceder. Podía sentirme importante en cualquier de aquellos bares. Podía entrar en un salón cualquiera y hablar con el primer hombre que encontrara. En las más extrañas ciudades y en los más extraños pueblos que recorrí, el único lugar en el que pude entrar fue el salón. Allí, en los bares, y fuera la ciudad que fuese, cuando entraba por la puerta de un salón dejaba de ser un extraño" (1992: 121).

poseen un techo donde resguardarse por las noches. Tampoco es casual que tres informantes claves hayan conocido a la gente de la plaza bebiendo. Cuando las desgracias se precipitaron, estos hombres eligieron a la plaza Isabel II como sitio donde pernoctar dentro del vasto mundo que es la calle. En definitiva, el alcohol es un factor que no sólo aglutina a quienes duermen en la plaza, sino también a estas PSH con determinados habitantes del barrio.

1.1. Cuando los vínculos generan distancia social y refuerzan el estigma

Afirmar que existen relaciones territoriales no supone hacer alusión a la calidad de las mismas. Como veremos a continuación, residir en la vía pública es sinónimo de instalarse en un espacio de exclusión que afecta negativamente las posibilidades de relacionarse. En primer lugar, quienes viven en plaza Ópera han logrado fundar una serie de vínculos barriales, pero con tales ayudas sólo logran satisfacer la subsistencia cotidiana¹³. Los lazos que unen al individuo en situación de calle con el resto de la comunidad son débiles, pero continúan existiendo o se recomponen de acuerdo al nuevo espacio de residencia. En todo caso, el punto a subrayar es que no alcanzan a círculos sociales más amplios que les permitan acceder a los recursos necesarios para escapar del *sinhogarismo* (Grigsby et al., 1990). El apoyo que obtienen de sus relaciones es esencialmente adaptativo antes que curativo (Snow y Anderson, 1993). Lo que estas redes sociales no logran resolver es el contexto de pobreza extrema¹⁴.

Además, y como reflejo de la situación de precariedad en la que se encuentra el individuo, muchos de los lazos sociales que se establecen en la calle se estructuran jerárquicamente. Las situaciones de reciprocidad igualitaria tienden a ser escasas. El contacto permanente con trabajadores sociales, psicólogos y demás empleados de los recursos sociales, son ejemplos de relaciones donde se refuerza la sensación de vulnerabilidad, en donde el sujeto no logra quitarse de encima la etiqueta de PSH. Lo mismo ocurre con los vecinos, incluso con aquellos que intentan ayudar de alguna manera, pero que simultáneamente adoptan una actitud un tanto paternalista¹⁵. Buena parte de estas relaciones

13. Al respecto Cohen (et al., 1988) afirma que de cada cinco relaciones en el *Skid Row*, más de tres guardan relación con el intercambio de bienes y ayudas de subsistencia.

14. El *sinhogarismo* es una condición tan severa que la afiliación no incide demasiado en el sentimiento que posee esta gente respecto del control de sus vidas. Es decir, las PSH que poseen más vínculos tienen mejor salud, obtienen más recursos, y por sobre todo minimizan las posibilidades de depresión –no se trata de un tema menor, pues la depresión suele tener efectos devastadores que obstaculizan cualquier posibilidad de salida de la situación de calle. Pero sus sociabilidades no permiten trascender el círculo de exclusión (La Gory et al., 1991). Esta situación remite al concepto de “red de privación”, entendido como “un conjunto de condiciones fluctuantes y cambiantes en las cuales la gente puede resolver un problema o escapar de otro únicamente para encontrarse atrapado en otro distinto” (Spicker en Martínez Veiga, 2004: 227).

15. Tras su experiencia como *homeless*, las palabras de Orwell son esclarecedoras: “es curioso como la gente cree tener derecho a sermonearte y a rezar por ti en cuanto tus ingresos no llegan a determinado nivel” (1983: 190).

jerárquicas se explican por el estigma asociado con el vivir en la calle, con la dificultad por lograr un cierto grado de confianza¹⁶. La confianza es la base de la reciprocidad, y sólo es posible en un ámbito de igualdad socioeconómica:

[...] las diferencias económicas y los desniveles en el status social son obstáculos al intercambio recíproco tan efectivos como la distancia física y social (Lomnitz 1978: 212).

Lomnitz entiende que la reciprocidad se basa en dos elementos: la confianza y la cercanía física. De estos dos componentes, el único que disponen las PSH, y que por ende deben explotar al máximo, es la proximidad física –el convivir en un mismo espacio. La mayoría de las veces los lazos barriales se caracterizan por el paternalismo. Abundan los relatos donde queda claro que las relaciones barriales no logran superar la lógica del dar –rol ejercido por los vecinos– y recibir –papel que protagonizan las PSH.

P: Y con los vecinos... conocen bastante gente ¿no?

R: Bueno sí, con los vecinos pues no hay por el momento muchos problemas. Y hay muchos que te saludan. Otro te da un par de cigarros. Y después hay otras cosas que no se comprenden. Por ejemplo estar durmiendo y te han dejado una bolsa de comida. Y no sabes quién, es persona anónima. Hay otro vecino que baja, y no sé a donde va él, porque jamás nos dice nada. Y te trae unos calcetines, te trae unos calzoncillos, te trae un jersey, unos pantalones (Entrevista al Jirafa, 16 de Marzo de 2005).

De tal forma, los vínculos pierden la dimensión más personal, son siempre mediados por una desigualdad material y simbólica que, aparentemente, es imposible subsanar desde el lugar que ocupan las PSH. La relación asimétrica ubica a las PSH en una posición en la cual sólo pueden recibir. Vivir en la calle supone lidiar cotidianamente con un sentimiento de estigma y de baja autoestima, el cual en gran parte es consecuencia de un proceso de socialización que se organiza sobre la base de la siguiente enseñanza: la PSH no tiene nada para dar, es un mero receptor de la caridad ajena. Si bien el lograr afrontar con éxito las necesidades cotidianas a partir de actividades como la mendicidad puede ser una fuente de autoestima positiva, la identidad que así se refuerza es la de uno mismo como un simple “receptor” –se remarca el elemento pasivo, la relación jerárquica, etc. (Rowe y Wolch, 1990). Como nos enseñó Marcel Mauss (en Godelier, 1988) al reflexionar sobre la economía del Don, todo intercambio encierra una dinámica de poder. El que da siempre está en una situación de superioridad. La mano que da siempre se ubica arriba de la que recibe, al dar se descubren las jerarquías. Extendiendo la misma lógica, Sahlins nos recuerda que “los regalos hacen esclavos” (1976: 250).

16. Lomnitz define a la confianza como una “variable psicosocial dinámica, que mide la capacidad y voluntad de dos contrayentes para intercambiar favores e información” (1975: 209). Constituye el cemento que cohesionan las redes de los grupos carenciados y hace posible el intercambio recíproco esencial para la supervivencia.

Pero la reciprocidad que se establece entre las PSH y sus ocasionales benefactores escapa al marco teórico propuesto por Sahlins (Íbidem) respecto del intercambio. Esta reciprocidad no se genera entre unos familiares que no buscan rédito alguno al intercambiar, por lo que no puede ser catalogada como generalizada; tampoco implica la búsqueda de un beneficio material por parte de los dos componentes del intercambio, motivo que lleva a rechazar la posibilidad de etiquetar esta forma de reciprocidad como equilibrada o negativa. La imagen de quien se desprende de unas monedas, frente a otro individuo que se limita a agradecer el acto de desposesión, más bien recuerda a Mauss (en Godelier, 1988) y sus escritos sobre el Potlatch. El donante pierde algo de dinero –poco– y obtiene reconocimiento a cambio; mientras que la PSH obtiene algo de dinero –poco– perdiendo bastante de autoestima, soportando el consiguiente estigma como contrapartida. En el vínculo que se establece entre la PSH y el vecino que se aproxima para ayudar, cada uno desempeña su papel y adquiere la legitimidad que le corresponde: sentado en el asfalto, la PSH agradece humildemente lo que le ofrecen; el vecino, mirándolo desde arriba pues permanece de pie, se marcha recubierto de un halo de prestigio.

A eso de las 24 horas y mientras caminaba por la Gran Vía, vi a María sentada en un banco. Una pareja de turistas caminaba por la zona. El hombre paró, sacó unas monedas de su bolsillo y las dejó sobre los cartones de la mujer. María no estaba mendigando, por lo que respondió dos veces: “no lo quiero” –la segunda vez se expresó gritando. Pero el hombre ya había dejado su dinero. Me llamó la atención que la respuesta automática del señor –que evidentemente se aproximó con buenas intenciones– haya sido dejar dinero ante una persona con aspecto de sin techo, sin siquiera preguntarle si quería el mismo. A pesar de que el turista pretendía ayudar a la mujer, su gesto también podría ser interpretado como terriblemente ofensivo para alguien que, como en el caso de María, rechaza la mendicidad por considerarla indigna (7 de Marzo de 2005).

El asistencialismo forma parte de un contexto amplio, de una cultura que se organiza sobre la base de una serie de valores y orientaciones cognitivas que prescriben cómo la sociedad concibe y actúa frente a la pobreza. Como afirma Bauman

[...] de acuerdo con el modelo de orden y de norma que tuviera, cada sociedad moldeó a sus pobres a su propia imagen, explicó su presencia en forma diferente y les dio una diferente función, adoptando estrategias distintas frente al problema de la pobreza (2003: 134).

Por lo tanto, el asistencialismo no se limita simplemente a quienes se desempeñan en los recursos sociales, sino que abarca también a los vecinos, a “los voluntarios”, a todos aquellos que, con la mejor de las intenciones, se acercan a ayudar “a aquel pobre cristo”.

Aparece un hombre cargando una enorme mochila, de la cual se desprende un saco de dormir. Al verlo, asocio su imagen con la de un turista y no con la de alguien que pasará la noche en la calle (...) Con ironía, el primer comentario que hizo al verme con el termo en la mano fue: “¿pero tú qué eres, una especie de ángel?”. Reproduzco

este comentario porque creo que dice mucho sobre la visión que algunas PSH pueden tener sobre los voluntarios, así como el tono jerárquico subyacente –el ángel es un ser superior y protector, repleto de bondad, que desciende del cielo a un paisaje próximo al infierno para ayudar al desvalido. Para este hombre, o por lo menos desde su sentido del humor, yo parecía ser “un termo alado y celestial” (23 de Octubre de 2006)¹⁷.

Las PSH forman parte de la cultura asistencial a la que nos referimos; más aún, desde su caída en desgracia, si no antes, iniciaron un proceso de socialización centrado en dichas pautas paternalistas. De tal manera, muchos de estos sujetos adoptan el rol que les ha sido asignado en la relación asistencial. Ello es visible en las tácticas de victimización que adoptan las PSH buscando obtener recursos –mediante la mendicidad, gracias a los recursos sociales, etc.–. Otro ejemplo: en más de un caso, los *homeless* buscan aprovechar hasta las últimas consecuencias la buena voluntad de determinadas personas que se erigen como una “especie de padrinos”. Me refiero a sujetos que disfrutaban de un domicilio y que actúan como benefactores de determinados *homeless*¹⁸. Claro que dichas relaciones son bastante efímeras, acaban de forma unilateral en el mismo instante en que el benefactor se cansa de su rol. De tal manera, las redes suelen ser erráticas, lo cual implica una inestabilidad permanente. Debido al espacio en el que viven, las redes y las rutinas cotidianas apuntan a cubrir las necesidades inmediatas. Así muchos contactos se pierden, conduciendo a la necesidad de localizar nuevas fuentes de apoyo, lo cual a su vez desvía energías respecto de posibles estrategias que apunten al largo plazo.

Paso frente al bar “El Barrilete” y lo veo cerrado. Cuando se lo comento a Fernando, me responde que ya hace unas semanas que lo han cerrado pues perdían dinero. Atribuye la mala gestión a la forma en que se comportaban los empleados –permitían que demasiadas PSH pasen el día entero en el local. En todo caso, así ha concluido una de las fuentes de apoyo para más de una PSH, lo cual refleja cómo la evolución de la vía pública condiciona la vida de esta gente. En tal bar habían logrado unas redes de subsistencia y cotidianidad. Con el cierre, se ven forzados a encontrar un espacio similar: a generar nuevos lazos en otro bar en donde puedan conseguir dinero a cambio de algún trabajo puntual, poder consumir gracias al fiado, un espacio que permita diseccionar el día y escaparle al tedio de la calle, etc. (5 de Octubre de 2006).

17. Respecto del voluntariado, y teniendo en cuenta que en muchos registros yo ejercí tal rol, es pertinente recordar que Snow y Anderson describen las relaciones que se establecen entre los mismos y las PSH como “muy estructuradas y *desinfectadas*. Los voluntarios típicamente preparan sándwiches y otras comidas en un área separada de las PSH, o los ven sólo a través de la distancia impuesta por un *encuentro servicial* que subraya la distancia entre los que sirven y los servidos. Así, a pesar de los sinceros y bien intencionados esfuerzos de los voluntarios con hogar, la estructura de los encuentros suelen remarcar las inmensas diferencias de estatus recordando a las PSH dónde se posicionan con relación a las demás personas” (2003: 200-1).

18. Escudero Carretero (2003) menciona la existencia de protectores en el caso de más de una mujer sin hogar. De modo similar, Cohen et al., (1989: 63) plantea que “en algunos casos, la formación del grupo gira en torno a la figura de un padre que provee asistencia a los hombres de la calle”.

2. CONCLUSIÓN

Desde las teorías de la exclusión se identifica a quienes padecen los procesos de desventajas sociales como individuos desafiados, se explica su situación en función de un aislamiento social radical (Abrahamson, 1997; Tezanos, 1999; etc.). De igual modo, el principal modelo de análisis del *sinhogarismo* enfatiza el desarraigo y los quiebres de los vínculos sociales. A su vez, quienes se encargan de la “gestión de lo social” reproducen estas perspectivas. De tal manera, el discurso oficial –el de los trabajadores, psicólogos, y educadores sociales del Ayuntamiento de Madrid– suele plantear que los procesos de reinserción pasan por el ingreso de las PSH en la esfera de los servicios sociales, para que luego sigan el recorrido trazado por los “profesionales de lo social”. Desde tal lógica, quienes rechazan la relación con dichos recursos son tildados como individuos “cronificados”; es decir, se los ve como personas que no lograrán escapar al *sinhogarismo*, hombres solitarios a la deriva por la ciudad.

Es válido plantear que los procesos de exclusión social suponen el quiebre de múltiples lazos sociales –sobre todo cuando son tan profundos que desencadenan una situación de calle. Pero la vida de las PSH nos muestra que los vínculos se recomponen gradualmente. La afiliación no debe ser entendida como una variable discreta, sino como multidimensional y continua (Grigsby et al., 1990). Entre la afiliación y la desafiliación existe una gama de posibilidades que deben ser tenidas en cuenta. A partir de un trabajo etnográfico se destaca la siguiente paradoja: son las redes que las PSH han tejido en el barrio las que les permiten subsistir evitando el contacto con los servicios sociales. Lo que se les escapa a estos discursos es que, de hecho, la estructuración en un territorio es el factor que posibilita la adaptación al entorno de exclusión. Sus redes y arraigo territorial son las que, de tal manera, dificultan iniciar un proceso de reinserción social –esta afirmación es válida siempre y cuando sea cierto que la reinserción pasa por relacionarse con los recursos sociales.

En este artículo se rechazan las visiones que tratan al *sinhogarismo* como un sinónimo de desafiliación. Al privilegiar el espacio y una metodología cualitativa, se torna posible detectar múltiples formas de conexión entre la PSH y los residentes del barrio. No obstante, este tipo de redes se ven afectadas por la exclusión y el estigma del espacio donde los *homeless* se ven forzados a residir. Vivir en la calle supone experimentar un proceso de socialización ligado con una serie de límites, entre los que caben destacar: a) los apoyos suelen ser ineficaces, se circunscriben a la mera adaptación; b) por consiguiente, las PSH se sumergen en un círculo vicioso que difícilmente logra ser trascendido; c) los lazos que se generan en la calle se estructuran jerárquicamente; d) las redes establecidas son erráticas, oscilan como una metáfora de la permanente transformación del espacio público donde residen.

En definitiva, los vínculos sociales no han desaparecido, pero la identidad y los lazos sociales se recomponen en un contexto de exclusión como es la calle. El resultado es la transformación de la identidad y la autoestima, así como la prolongación del *sinhogarismo* (Rowe y Wolch, 1990).

BIBLIOGRAFÍA

- ABRAHAMSON, Peter. "Exclusión social en Europa: ¿vino viejo en odres nuevos?" En: Luis MORENO (Comp.). *Unión europea y Estado de Bienestar*. Madrid: Consejo de Investigaciones Científicas (CSIC), Instituto de Estudios Avanzados, Colección Politeya Estudios de Política y Sociedad, 1997.
- AUTÈS, Michel. "Tres formas de desligadura". En: KARSZ, Saül (Coord.). *La exclusión: bordeando sus fronteras. Definiciones y matices*. Barcelona: Gedisa, 2004.
- BAHR, Howard; STERNBERG, David; CAPLOW, Theodore. "Homelessness". En: *International Encyclopedia of the Social Sciences*. New York: Macmillan, 1968; pp. 613-618.
- BAHR, Howard; CAPLOW, Theodore. "Homelessness, Affiliation, and Occupational Mobility". En: *Social Forces*, Vol. 47. Sept 1968b; pp. 28-33.
- BAHR, Howard. "Drinking, Interaction and Identification: notes on socialization into Skid Row". En: *Journal of Health and Social Behavior*, Vol. 8, N°4. Dec. 1967; pp. 272-285.
- BAUMAN, Zigmunt. *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona: Gedisa, 2003.
- BOLTANSKI, Luc; CHIAPELLO, Ève. *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid: Akal, 2002.
- CABRERA CABRERA, Pedro J. *Huéspedes del aire. Sociología de las personas sin hogar en Madrid*. Madrid: Universidad Pontificia Comillas, Departamento de Sociología, 1998.
- CASTEL, Robert. *La metamorfosis de la cuestión social*. Buenos Aires: Paidós, 1997.
- COHEN, Carl I; TERESI, Jeanne; HOLMES, Douglas; ROTH, Eric. "Survival strategies of older homeless men". En: *The Gerontologist*, Vol. 28, N° 1. Feb. 1988, pp. 58-65.
- DELGADO, Manuel. *El animal público*. Barcelona: Anagrama, 1999.
- DOUGLAS, Mary. *Pureza y peligro*. Madrid: Siglo XXI, 1977.
- ELIAS, Norbert. "Ensayo teórico sobre las relaciones entre establecidos y marginados". En: ELIAS, Norbert. *La civilización de los padres y otros ensayos*. Bogotá: Norma, 1998.
- ESCUADERO CARRETERO, María José. *Mujeres sin hogar en Granada. Un estudio etnográfico*. Universidad de Granada, Instituto Andaluz de la Mujer, Colección Feminae, 2003.
- FARREL, Chad R. "Sharing Neighborhoods: Order and disorder in Homeless-Domiciled Encounters". En: *American Behavioral scientist*. Vol. 48, N° 8. Abril 2005; pp. 1033-1054.
- FORO TÉCNICO DE PERSONAS SIN HOGAR. *Operación de recuento nocturno de personas viviendo sin techo en las calles de Madrid*. Avances de resultados, Concejalía de Empleo y Servicios a la Ciudadanía, Ayuntamiento de Madrid, 12 de Diciembre de 2006.
- GODELIER, Maurice. *El enigma del Don*. Barcelona: Paidós, 1988.
- GOFFMAN, Erving. *Estigma: la identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu, 2001.
- GRIGSBY, Charles; BAUMAN, Donald; GREGORICH, Steven E.; ROBERTS-GRAY, Cynthia. "Disaffiliation to entrenchment: a model for understanding homelessness". En: *Journal of Social Issues*, Vol. 46, N° 4. 1990; pp. 141-156.

- Bachiller, Santiago: De la desafiliación a la reafiliación. Aportes de la antropología social para...
- HAMMERSLEY, Martin; ATKINSON, Paul. *Etnografía. Métodos de investigación*. Barcelona: Paidós, 1994.
- INE (Instituto Nacional de Estadística). "Encuesta Sobre Personas sin hogar". Diciembre 2005.
- KOEGEL, Paul. "La perspectiva antropológica como enfoque diferente de los enfermos sin hogar". En: *Intervención Psicosocial*, Vol. 7, N° 1. 1998: pp. 27-46.
- LOMNITZ ADLER de, Larissa. *Cómo sobreviven los marginados*. México: Siglo XXI, 1975.
- LONDON, Jack. *John Barleycorn. Las memorias alcohólicas*. Madrid: El Club Diógenes, Valdemar, 2002.
- MARTÍNEZ PÉREZ, Ana. *La Gran Vía o la etnografía de un paseo*, Tesis doctoral. Departamento de Antropología Social, Universidad Complutense de Madrid, 1997.
- MARTÍNEZ VEIGA, Ubaldo. *Trabajadores Invisibles. Precariedad, rotación y pobreza de la inmigración en España*. Madrid: Los libros de la Catarata, 2004.
- MUÑOZ, Manuel; VÁZQUEZ, Carmelo; VÁZQUEZ, José Juan. *Los límites de la Exclusión. Estudio sobre los factores económicos, psicosociales y de salud que afectan a las personas sin hogar en Madrid*. Ediciones Témpera y Caja Madrid, 2003.
- ORWELL, George. *Sin blanca en París y en Londres*. Barcelona: Destino, 1983.
- QUAGLIA, Martine. "L'espace public, scène de la vie quotidienne des personnes sans domicile". En: Danielle BALLEST (Dir.). *Les SDF visibles, proches, citoyens*. Presses Universitaires de France, 2005; pp. 119-131.
- ROSENTHAL, Rob. *Homeless in Paradise. A map of the terrain*. Philadelphia: Temple University Press, 1994.
- ROWE, Stacy; WOLCH, Jennifer. "Social Networks in Time and Space: Homeless Women in Skid Row, Los Angeles". En: *Annals of the Association of American Geographers*, Vol. 80, N° 2. Jun. 1990; pp. 184-204.
- SAHLINS, Marshall. "Economía Tribal. ¿Neo-evolucionismo o Marxismo?". En: Maurice GODELIER (Comp.). *"Antropología y Economía"*. Barcelona: Anagrama, 1976.
- SNOW, David; ANDERSON, Leon. *Down on their luck. A study of homeless street people*. Los Angeles: University of California Press, 1993.
- SPRADLEY, James P. *You owe yourself a drunk. An ethnography of urban nomads*. Illinois: Waveland Press, 1970.
- TEZANOS, José F. "Introducción. Tendencias de dualización y exclusión social en las sociedades tecnológicas avanzadas. Un marco para el análisis". En: José F. TEZANOS (Dir.). *Tendencias de desigualdad y exclusión social. Tercer Foro sobre Tendencias Sociales*. Madrid: Sistema, 1999.
- WOLCH, Jennifer; RAHIMIAN, Afsaneh; KOEGEL, Paul. "Daily and periodic mobility patterns of the urban homeless". En: *Professional Geographer*, Vol. 45, N° 2. 1993; pp. 159-169.